

Volver

Alicia Dujovne

Citation recommandée : Dujovne, Alicia. "Volver". *Les Ateliers du SAL 7* (2015) : 177-182.

Juntaba fuerzas desde la mañana, apoyándome en ellos, aprovechando su envión, sus ganas. Todo impulso me resultaba útil para mis propios fines. Ellos se limitaban a mostrarse, ejemplares, generosos pero con cierta prescindencia, demasiado ocupados en salir adelante como fuera, abriéndose espacio a fuerza de codazos y metiendo en cada rama cuanto pimpollo y brote les cupiera. El jardín se dejaba mirar, yo no necesitaba otra cosa, con observarlo crecer y multiplicarse ya tenía de sobra. Asomarme al pasto me producía vértigo, por lo variado, por lo profuso, y por la pluralidad de las opciones, esas briznas seguras de sí mismas, cada una convencida de haber hallado el mejor método para atrapar la luz, apostando con alma y vida a que crecer como penacho daba mejores resultados que crecer como estrella. Descubrí una florcita cualquiera de un celeste lavanda que al acercarme resultó una orquídea en miniatura, pálida como toda orquídea, con un pétalo enfrentado a los demás, o más bien una lengua, una jugosa lengua y, escondida en lo profundo de los repliegues, una caligrafía diminuta sólo para abandonados con tiempo suficiente como para leer mensajes. ¿Pero por qué algunos tallos tenían carne de gallina y otros, la piel tranquila; qué pensamiento estremecía a los unos mientras que a los otros la misma idea les daba paz? Yo me sentía cerca de todos, los lisos y los espeluznados, sin dejar ni un solo instante de preguntarme cómo era posible estar descuartizada y en estado de maravilla, desollada y con la boca de dos palmos delante del esplendor.

Y buscando el sentido. En las formas, dónde si no. Las de los animales y las nuestras significan algo, qué duda cabe, peroraba para mis adentros mientras tomaba mate bajo el sauce (el verde lleno de parpadeos que iba sorbiendo de a chupaditas breves se relacionaba íntimamente con esta primavera vaporosa, burbujas en el mate y en la arboleda que se desperezaba soñolienta). Las formas nunca son porque sí –continuaba diciendo para ese alguien silencioso que me prestaba oídos–, cada cual se las arregla con los belfos, las garras, las orejas en cucurucho, los agujones, las lenguas ágiles y pegajosas que le han tocado en el reparto, sacándoles el máximo provecho, el mayor jugo. Sin embargo la forma de los árboles y de las plantas va más allá, proseguía, reconfortada por la atención extrema aunque muda de mi interlocutor. Ellos tienen el tiempo incorporado. También mi propia trayectoria parecería arborescente, complicadas ramificaciones que han terminado por dejarme tirada en un jardín francés, como si fuera la última hoja de la última rama,

pero toda la diferencia con árboles y plantas consiste en que ellos trazan al vivir los andares del tiempo.

Justo cuando yo terminaba mi almuerzo, los pájaros comenzaban a amarse. Tremendos, los amores alados: ninguna dulzura, ninguna caricita tierna, sólo riñas, refriegas, recriminaciones, arengas, rivalidades asesinas que me arruinaban la siesta. Las peores grescas tenían lugar encima del duraznero. Toda una banda de pajaritos excitados se despachaba a gusto, echándose en cara traiciones e infidelidades con voces ácidas, agudas, despellejándose las pequeñas gargantas a fuerza de chantarse las cuarenta, largos alegatos a grito pelado que algo, allá en el fondo, me removían, y no precisamente con nostalgia sino con infinito alivio. Qué felicidad, estar a solas, estar a salvo, a veces discutiendo con la de mi coleteo pero sin tanta bulla.

Arruinada, pues, la siesta, volvía a tomar mate abajo del sauce, hundida bajo sus suaves melenas de puntas rizadas que me hacían de aureola, y escuchaba, escuchaba. La soledad me volvía matemática, ¿cuántos pío pío cabían en un solo discurso, cinco, diez? Trataba de hallar la regla de oro detrás de la algarabía caótica y desordenada pero captaba únicamente la irregularidad. Estos pájaros no eran prolijos como las flores que largaban determinada cantidad de pétalos y al completarla se detenían, satisfechas de haber cumplido. Ellos en cambio no, ellos se rebelaban contra toda cifra, contra toda norma. Sólo la súbita brusquedad con que de pronto se callaban unificaba esos discursos locos. El límite entre el bochinche y el silencio aparecía marcado con gran exactitud, ni un gorjeo de más sobrepasaba ese límite nítido, preciso. Instantes después se daban cuerda a la vez y empezaban la trifulca desde el principio, cada uno con sus propios argumentos, segurísimo como que hay dios de tener razón.

Reconocí al pinzón, no porque me acordara de su canto sino porque me lo nombró la vecina (en Buenos Aires no soy capaz de distinguir ni al zorzal). Monótono, el pinzón, un pajarito minimalista que se conformaba con una sola nota. Lo que en definitiva nos cantaba era una islita musical que para él debía de contenerlo todo. Yo esperé en un principio oírlo explayarse con mayor amplitud, dándole a la sin hueso pero él, vuelta a empezar con ese canto único que al cabo de un momento también a mí me resultaba perfecto, ¿para qué decir más? Había también un ave desconocida que formulaba preguntas esenciales a juzgar por la insistencia con que las repetía. Cantaba más variado pero la última nota llevaba siempre un signo de interrogación. Otro pajarito lejano le respondía siempre. Yo me

alegraba por los dos, no estaban solos, éste preguntaba y aquel le contestaba a su vez con una nueva pregunta, diálogo típicamente judío hecho de cuestionamientos eternos y en cadena, como el de Job, interrogantes que tenían la sutileza de no esperar respuesta.

Por la noche se oía a un solitario de voz pausada, ligeramente enronquecida. Parecía susurrar cositas junto a la oreja, cositas del pasado, cositas hondas, cositas graves. Yo no sabía quién era ni por qué su reclamo suave pero poderoso me emocionaba tanto. Como si me hablara en un lenguaje familiar, un chamuyo de barrio, un silbidito recóndito, escondido, que me traía oscuras memoranzas. Comprendí de qué memoria se trataba cuando supe su nombre, ruiseñor. No era un recuerdo porteño sino poético, pero una misma turbación los unía. Ah, razón tenía Keats, exclamé para mí, o para nadie, o para el alguien de costumbres calladas, al comparar su canto con un "fuerte narcótico"; sonidos de frontera, velados, inciertos, sonidos entre dos aguas y dos luces que indicaban la proximidad del momento crucial.

Se acercaba la hora. El ruiseñor seguía dudando de todo, menos de su deseo, y yo tenía que alistar el viaje. Nada mejor para preparar la travesía que unos leños ardiendo, porque mirando el bosque se aprende pero con embeleso, la respiración sube por los ramajes y se pierde, se va, los bosques zarpan hacia el cielo mientras que una fogata es sabiduría concreta y aplicada. Algún parecido tienen, sin embargo –le comentaba a la de mi fuero interno mientras soplabla sobre las brasas con un justo equilibrio entre intensidad y delicadeza, fruto de tanto tiempo pasado frente a ellas, a sus modalidades cambiantes, a sus caprichos, a sus muy meditadas conclusiones. Si bien es cierto que los árboles y las plantas salen adelante en la vida colocando en la rama cuantas hojitas quepan, tampoco el fuego se queda atrás. Él pelea, puja por meter en el espacio disponible sus pimpollos, digo, sus llamas. Me sentaba a mirarlo como si asistiera a un partido de fútbol. Una batalla inteligente digna de un genial estratega se desplegaba ante mí. Todos los atajos posibles, todos las derroteros, el fuego me los iba mostrando con su particular silbido, chiflando como serpiente mientras sus llamas viboreaban, hechizadas pero batalladoras. Yo iba siguiendo paso a paso sus lecciones, su detallada explicación, entendiendo el motivo de cada gesto, de cada iniciativa, claro, ahora pone ésta por aquí, ahora que este leño se cayó para el costado la hace entrar por allá, aprovecha la cancha libre para meterse por la brecha, por el mínimo resquicio que se le ofrezca

sin desdeñar ninguno, y si le enciman un leño arriba de otro se estira desalado por alcanzarlo, por lamerlo, alza la lengua, lo consigue, sacia sus apetitos, su brillo significa que se alimenta bien, a gusto, hasta quedar ahíto, cuando empieza a apagarse es porque ya ha comido. El aprendizaje consistía por sobre todo en descubrir el instante de intervenir o el de quedarme quieta, dejándolo librado a sí mismo. A veces él sabía arreglárselas solo y a veces no, y entonces había que aumentar ligeramente la distancia entre dos troncos para que el aire corriese con libertad, o darle una certera patadita para sacudirle la modorra, o poner brasa contra brasa. Ojito parpadeante contra ojito parpadeante igual a llama. Captarlo me llenaba de orgullo, como si esa fórmula contuviera todo conocimiento humano.

Pero la noche iba avanzando y con ella, la comprensión del fuego retrocedía. ¿Qué hacer ahora- me preguntaba hacia el filo de la medianoche, ya no con un matecito tibio en el hueco de la mano sino con una copa de ron (desafío al más corajudo a que se aguante la oscuridad en una casa de brujas sin una gota de algo que lo entone, o que lo envalentone), -qué hacer ahora, soplar o no soplar, reavivar lo mortecino o dejarlo agrisarse como un velo tendido sobre las ascuas, un rescoldo que me enviaba guiños de complicidad para quitarme el miedo? Sí, era la hora. La gata me miraba abriendo la boquita y entrecerrando los ojos para captar lo incomprensible, la noche de los hombres, ese zarpar hacia la margen opuesta sin garantía de retorno, ella que vivía en un presente eterno sin preguntarse nada, ella que con su vibrante ronroneo le hacía de motor a la barca del sueño.

A nadie le he dado tanto las gracias como a mi gata cuando por la mañana temprano me despertaba caminando con sus patitas enérgicas sobre mi vientre blando, un masaje matinal tan potente como el canto de aquel otro obsesionado que se desgañitaba afuera. Ahora el ruiseñor enamorado, monomaniaco, esclavo de una idea fija como aquella que a mí se me quedó perdida allá lejos y hace tiempo, hoy reemplazada por esta otra de morirme durmiendo-, un terror sigiloso que me estremece las plantas de los pies, convertidos, los pies, en un par de corazones que en el contacto con la tierra palpitan-, ya no cantaba sugerente sino brioso, igual que los demás pajaritos y por las mismas razones, asustar a los rivales y quedar él, dueño del aire. Otros animales marcan su territorio meando alrededor, el ruiseñor lo delimita cantando con idéntica furia. Era una suerte amanecer con ese canto claro, ¿o debería decir sencillamente: era una suerte amanecer? Todavía saboreando el café me disponía a recomenzar la ronda, hecha de una orquídea en miniatura, de unos pájaros celosos, a veces cuestionadores, de

un ruiseñor que llamaba a su hembra con aires de malevo, de un pinzón monocorde, de un sauce de rizos largos que llovían por fuera y por dentro de mi cabeza, de una gata compinche, criaturas de buena voluntad que pechaban por mí, aunque ni ellas lo supieran, dándome el respaldo necesario para volver a alcanzar la orilla del día.